

David Porrinas González

“Rodrigo Díaz, el Cid Campeador,  
un conquistador en el siglo XI”

p. 489-522

*El mundo de los conquistadores*

Martín F. Ríos Saloma (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas / Sílex Ediciones

2015

864 p.

Ilustraciones

(Serie Historia General, 34)

ISBN 978-607-02-7530-2 (UNAM)

ISBN 978-84-7737-888-4 (Sílex)

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/mundo/conquistadores.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## RODRIGO DÍAZ, EL CID CAMPEADOR, UN CONQUISTADOR EN EL SIGLO XI<sup>1</sup>

David PORRINAS GONZÁLEZ  
Universidad de Extremadura

A Aurora, mi madre, luchadora infatigable

«Et desde aquel dia, fue la çibdat de Valencia en poder de moros, fasta que la gano el rey don Jaymes de Aragon, pero que siempre fue llamada Valencia la del çid»<sup>2</sup>

Uno de los acontecimientos más impactantes de cuantos tuvieron lugar en la península ibérica en el siglo XI fue la conquista de Valencia por parte de Rodrigo Díaz, conocido como el Cid Campeador. Ese personaje consiguió, gracias a sus acciones conquistadoras y destrezas militares, acaparar más atención de los cronistas cristianos y musulmanes de su tiempo que grandes reyes guerreros

<sup>1</sup> El presente estudio forma parte del proyecto de investigación *Iglesia y legitimación del poder político. Guerra santa y cruzada en la Edad Media del occidente peninsular (1050-1250)*, dirigido por D. Carlos de Ayala Martínez y financiado por la Subdirección General de Proyectos de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación (referencia: HAR2008-01259/HIST). Quiero dedicar este estudio a mi madre, por su tenacidad ante la adversidad, por su espíritu fuerte y su corazón valeroso, porque su lucha me alienta. Quisiera, además, agradecer a mi amigo el Dr. Martín Ríos Saloma por el privilegio de participar en esta publicación y en aquel simposio celebrado en junio de 2008, aunque fuera en la distancia. También agradecido a Fundación Caja Madrid, por la concesión de una Beca Predoctoral. Quiero, además mostrar mi gratitud a mis compañeros y amigos del Centro de Conservación de Carreteras, por las risas que nos echamos y por otras muchas cosas importantes. También a los compañeros de la Fac. de Biblioteconomía y Documentación de la UNEX, por el buen recibimiento que me dieron. No puedo dejar de acordarme aquí de Carlos de Ayala y agradecerle que haya consentido integrarme en uno de sus proyectos. Por último, gracias a Ana, a Laura y a Diego, porque gracias a ellos las pendientes son menos inclinadas.

<sup>2</sup> Ramón Menéndez Pidal (ed.), *Primera Crónica General de España*, con un estudio actualizador de Diego Catalán (en adelante *Primera Crónica General*), Madrid, Gredos, 1977, cap. 957.

y conquistadores cristianos como Fernando I o, especialmente, Alfonso VI, el soberano peninsular más poderoso de ese siglo<sup>3</sup>.

En este estudio nos proponemos reflexionar sobre algunos aspectos de esa faceta conquistadora de Rodrigo Díaz, responsable en buena medida del prestigio alcanzado por él en su tiempo y en el nuestro. Para ello nos serán de gran utilidad las páginas que el historiador Robert Bartlett, –en *La formación de Europa*–, dedica al análisis del fenómeno de las conquistas territoriales protagonizadas por aristócratas de la Europa occidental en los siglos

<sup>3</sup> La bibliografía sobre el personaje es muy abundante, véase, por ejemplo, Richard Fletcher, *El Cid*, 2ª ed., Hondarribia, Nerea 1999, 248 p.; Gonzalo Martínez Díez, *El Cid Histórico*, 5ª. ed., Barcelona, Planeta, 2000, 472 p.; Francisco Javier Peña Pérez, *El Cid campeador: historia, leyenda y mito*, Burgos, Dossolos, 2002, 341 p.; aparte del clásico de Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid*, 2 v., 5ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1956. Véase también César Hernández Alonso (coord.), *Actas del Congreso Internacional «El Cid, Poema e Historia» (12-16 de julio, 1999)*, Burgos, Ayuntamiento, 2000, 421 p. (en adelante *El Cid, Poema e Historia*). Un reciente estado de la cuestión es el elaborado por Francisco García Fitz, «Bibliografía cidiana. Últimas aportaciones (1999-2002)», *Medievalismo*, Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales, año 12, n. 12 (2002), pp. 197-224. Las más recientes aportaciones son las de Mª. Teresa León, *Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador*, Burgos, Instituto Municipal de Cultura, 2007, 184 p.; Miguel Ángel Linares, *El Cid, ¿ganó una batalla después de muerto?*, Madrid, Espasa-Calpe, 2006. 202 p.; José Ignacio Lago y Manuel González Pérez, *El Cid, la espada de la Reconquista, 1048-1099*, Madrid, Almena, 2004, 103 p.; así como J. E. Ruiz Doménech, *Mi Cid. Noticias de Rodrigo Díaz*, Barcelona, Península, 2007, 191 p. Sobre el personaje literario y mitificado véase la segunda parte del citado trabajo de Peña Pérez, el de Ruiz Doménech así como los de Salustiano Moreta Velayos, *Myo Cid el Campeador*, Zamora, Semuret, 2000, 415 p. y «Y el héroe tascó la yerba», en Ángel Vaca Lorenzo (ed.), *La guerra en la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1999, pp. 15-44. Sobre la faceta militar de Rodrigo Díaz el mejor estudio con el que contamos es el de Francisco García Fitz «El Cid y la guerra», en *El Cid, Poema e Historia, op. cit.*, pp. 383-418, por cuanto es el único que se ha preocupado por contextualizar las acciones del Campeador desde una perspectiva moderna y desapasionada. Sobre el contexto ver, entre otros, Carlos Estepa Díez, *El reinado de Alfonso VI*, León, Hullera Vasco Leonesa, 1985, 127 p.; Bernard F. Reilly, *El reino de León y Castilla bajo el rey Alfonso VI (1065-1109)*, Toledo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1989, 420 p.; José María Mínguez, *Alfonso VI. Poder, expansión y reorganización interior*, Hondarribia, Nerea, 2000, 279 p., así como C. Laliena Corbera y J.F. Utrilla Utrilla (eds.), *De Toledo a Huesca. Sociedades Medievales en transición a finales del siglo XI (1080-1100)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998, 306 p. Desde la perspectiva musulmana ver Pierre Guichard, *Al-Andalus frente a la conquista cristiana. Los musulmanes de Valencia (siglos XI-XIII)*, Madrid, Biblioteca Nueva, Valencia, Universitat de Valencia, 2001, 781 p.

del XI al XIII<sup>4</sup>, periodo donde se desarrolla y actúa Rodrigo Díaz, individuo que no aparece singularizado en la imprescindible obra del aludido historiador. A lo largo de las páginas que siguen analizaremos esa vertiente conquistadora partiendo de que la condición social de Rodrigo es la de un infanzón que quiere convertirse en una especie de «rey de taifas», tener su propio principado o señorío, y no puede conseguirlo en su lugar de origen por la competencia de poderes que allí se da. Esos orígenes sociales relativamente «modestos», que no humildes, confieren mayor relevancia a su empresa<sup>5</sup>.

4 Robert Bartlett, *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-1350*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press 1993, 432 p. (traducción al castellano de Ana Rodríguez López, *La formación Europa. Conquista, colonización y cambio cultural, 950-1350*, Valencia y Granada, Universitat de Valencia, 2003, 472 p.). Ver también, del mismo autor, «Colonial aristocracies of the high Middle Ages», en Robert Bartlett, Angus Mackay (eds.), *Medieval Frontier Societies*, Oxford, Clarendon Press, 1989, pp. 23-47.

5 Relativamente «modestos» si tenemos en cuenta que nunca recibió la dignidad condal de un rey ni perteneció a una de las altas casas nobiliarias del reino, sino que formó parte del grupo de los *infanzones*, definidos por un célebre documento de la catedral de León, fechado en 1093, como «milites non infimis parentibus ortos, sed nobilis genere necnon et potestate», en Eduardo Hinojosa, «El derecho en el Poema de Mío Cid», en *Homenaje a Menéndez Pelayo*, t. 1, Madrid, 1899, pp. 541-581, y Eduardo Hinojosa, *Documentos para la historia de las instituciones de León y Castilla (s. X-XIII)*, Madrid, 1919, doc. XXVII. Sin embargo, Rodrigo se integró en los círculos cortesanos de Fernando I y, especialmente, de Sancho II y Alfonso VI, pudiendo haber ocupado una destacada responsabilidad militar en el reinado de Sancho, la de «armiger», aunque sobre esto último hay diferentes opiniones. Fletcher sintetiza la problemática que han suscitado los orígenes sociales de Rodrigo Díaz de cara a la comprensión del personaje con unas palabras esclarecedoras: «Su familia era aristocrática. Es importante insistir en ello, porque en este siglo de multitudes [el XX, cuando escribe Fletcher] se ha tendido a «democratizar» la figura del Cid y a darle la imagen, hoy atractiva, de alguien que partiendo de la miseria llegó a la riqueza. Es cierto que prosperó, pero la base social de la que procedía no era humilde», Fletcher, *El Cid*, *op. cit.*, p. 112. Sobre esos orígenes sociales del Campeador ver Peña Pérez, *op. cit.*, pp. 65-72; Margarita Torres Sevilla de Quiñones, «El linaje del Cid», *Anales de la Universidad de Alicante*, Revista del Departamento de Historia Medieval de la Universidad de Alicante, n. 13, 2000-2002, pp. 343-360; Martínez Díez, *op. cit.*, pp. 31-49. Sobre los infanzones en este periodo ver M<sup>a</sup>. Isabel Pérez de Tudela Velasco, *Infanzones y caballeros. Su proyección en la esfera nobiliaria castellano-leonesa (siglos IX-XIII)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1979, 514 p., así como Pascual Martínez Sopena, «Poder, servicio y renta», en *Señores, siervos y vasallos en la Alta Edad Media [Actas de la XXVIII Semana de Estudios Medievales de Estella, julio 2001]*, Pamplona, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, 2002,



Para entender la conquista de Valencia por parte del Campeador debemos tener en cuenta el contacto secuencial que Rodrigo mantiene con su futuro señorío, así como su previa integración en el mundo islámico. Y es que el periodo que Rodrigo pasa al servicio de los taifas de Zaragoza, de 1081 a 1085, resulta fundamental para una mejor comprensión de la posterior trayectoria del guerrero castellano en la zona levantina, así como el tiempo que fue delegado de Alfonso VI en el levante peninsular, lo que le permitiría actuar como verdadero árbitro de la región, desenvolviéndose de manera independiente en la zona poco después y convirtiéndose en su dueño efectivo durante un lapso de cinco años (1094-1099). Seguidamente nos centraremos en la disección de algunos de los recursos que Rodrigo pone en liza para la conquista de la ciudad de Valencia y puntos fuertes aledaños, que serían fundamentales para dar cuerpo a su señorío y consolidarlo. No solo su capacidad bélica y acciones militares le servirán para culminar una empresa como aquella, también su habilidad para estrechar alianzas en la compleja maraña de intereses que era el levante peninsular a finales del siglo XI, los castillos y los vasallos, así como una serie de cualidades psicológicas que mencionan los cronistas coetáneos en sus escritos y que configuran lo que Bartlett denomina «la imagen del conquistador»<sup>6</sup>, una imagen heroica que resalta sus capacidades mentales, especialmente su valentía, pero al mismo tiempo un retrato más prosaico que destaca su «crueldad» o «benevolencia» a la hora de relacionarse con los conquistados, antes, durante y después de la conquista.

Según Bartlett «uno de los aspectos más extraordinarios de la actividad expansiva de los siglos X al XIII fue el desplazamiento de la aristocracia europea occidental de sus lugares de origen

pp. 183-217; Pascual Martínez Sopena, «Los grupos aristocráticos castellano-leoneses ante la conquista del valle del Tajo», en C. Laliena Corbera y J. F. Utrilla Utrilla (eds.), *De Toledo a Huesca, op. cit.*, pp. 139-165.

<sup>6</sup> Bartlett, *La formación Europa, op. cit.*, pp. 121-147.

hacia nuevas tierras, donde se establecieron y, si tuvieron éxito, incrementaron sus fortunas»<sup>7</sup>. Precisamente eso es lo que hace Rodrigo Díaz. Como muchos de sus contemporáneos «europeos» sale de su lugar de origen, conquista un territorio a enemigos de diferente religión y con ello incrementa su fortuna, su poder y su fama, al igual que los normandos en las islas Británicas, Sicilia, Apulia, Calabria o en las Cruzadas, o algunos caballeros franceses que hicieron lo mismo en el ámbito cruzado o en la península ibérica<sup>8</sup>. Con ello, a pesar de las peculiaridades de su caso, se integra dentro del fenómeno generalizado en la Europa de los siglos XI al XIII que el historiador citado denomina gráficamente «diáspora aristocrática»<sup>9</sup>.

Otra de las ideas expuestas por Bartlett que nos permiten un mejor entendimiento de la conquista cidiana de Valencia es la de que:

las aventuras coloniales son por lo general reacciones en cadena que «ponen en conjunción elementos inestables y agresivos en una situación en la que todos esperan sacar beneficio y solo algunos lo consiguen. Son frecuentes las expediciones de disidentes, como la de Cortés en México en el siglo XVI<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>8</sup> Véanse varios ejemplos en *ibidem*, p. 52. Véase además Fletcher, *op. cit.*, pp. 94-108, donde este especialista analiza a algunos «contemporáneos del Cid» —título del capítulo—, cuyas trayectorias vitales tienen algunas similitudes con la de Rodrigo Díaz. Nos habla Fletcher, entre otros de Roussel de Bailleul, de la familia Tosny, del conde Bohemundo. También nos proporciona esquemáticamente algunas de las claves de la denominada «conquista normanda» del siglo XI. Tuvimos ocasión de exponer algunas similitudes entre Rodrigo Díaz y Giraldo Sempavor (mediados del siglo XII) en David Porrinas González: «La actuación de Giraldo Sempavor al mediar el siglo XII: un estudio comparativo», en Julián Clemente Ramos, y Juan Luis de la Montaña Conchiña (coords.), *II Jornadas de Historia Medieval de Extremadura: ponencias y comunicaciones*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2005, pp. 179-188.

<sup>9</sup> *Ibidem*, pp. 45-88.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 54.



En cierto modo el Cid también es un «disidente»<sup>11</sup>, un individuo que tiene serios problemas con la autoridad establecida en su reino, como prueban los dos destierros que sufre. Sin embargo la de Rodrigo no es una «expedición» como la de Cortés, ejecutada a espaldas de sus superiores, sino una empresa planificada que cuenta, al menos en una parte de su desarrollo, con el beneplácito de su rey, quien tiene con ello la oportunidad de sacudirse la presencia de un incómodo «disidente» en su corte, un personaje que no despierta demasiadas simpatías entre sus vasallos, especialmente García Ordóñez, quien ostentaba el título condal y era una especie de «brazo derecho» del monarca, algo de lo que nunca disfrutó Rodrigo Díaz, ni de la dignidad de conde ni de la plena confianza de su rey<sup>12</sup>.

Es posible que Rodrigo despertara recelos y antipatías entre sus semejantes cortesanos a causa de su ambición y sus aspiraciones elevadas, que muy posiblemente chocaban con la de otros vasallos regios como el propio García Ordóñez, a quien el autor de la *Historia Roderici* considera «enemigo» («inimicus») de Rodrigo. Con todas las connotaciones mentales, jurídicas e ideológicas que la «inimicitia» podía implicar en la época, no es demasiado extrema la afirmación de que Rodrigo era un «disidente» en la corte de Alfonso VI. Por otra parte, parece cierto también que Rodrigo era «ambicioso», y no solo por las reacciones que provocaba en sus compañeros de corte, de las que tenemos noticia indirecta, sino porque sin ese defecto-virtud no se entiende que culminara una empresa como la de la conquista de Valencia, con

11 Y así lo califica Richard Fletcher, *op. cit.*, p. 138.

12 Uno de los aspectos que nos permiten hacernos una idea de la consideración que Alfonso VI daba a García Ordóñez y de la influencia que éste ejercía sobre el rey es su designación como *nutritius*, ayo o instructor, de su único hijo varón, Sancho, llamado a heredar el vasto imperio castellano-leonés. Sobre este personaje puede consultarse José M<sup>a</sup> Canal Sánchez-Pagín, «El conde García Ordóñez, rival del Cid Campeador. Su familia, sus servicios a Alfonso VI», *Anuario de Estudios Medievales*, Revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, n. 27, t. 2 (1997), pp. 749-774.

todos los problemas estratégicos, tácticos, logísticos y diplomáticos que ésta entrañaba<sup>13</sup>.

De hecho, considera Bartlett, «la empresa sangrienta y agotadora de la conquista y del asentamiento nobiliario solo pudieron llevarla a cabo líderes egoístas con una gran determinación», un tipo humano bastante habitual en la Europa Occidental de la Plena Edad Media<sup>14</sup>, un perfil al que se asemeja el del Campeador. Así pues, que Rodrigo muestra una gran determinación parece indudable, véase si no su tenacidad en la prolongación del asedio de Valencia durante al menos un año y medio. De que era «egoísta» o «codicioso» parece que tampoco caben muchas dudas. Así lo caracterizaron los cronistas musulmanes de su tiempo y así lo valoran algunos historiadores del nuestro, como Richard Fletcher, quien afirma que «en la medida en la que el término *política* sirva para denominar lo que el hacía [durante su dominio de Valencia], hemos de señalar que tal política estaba impulsada por una incesante demanda de dinero»<sup>15</sup>. Algo que, por otra parte, resulta poco sorprendente si comparamos la «política» de Rodrigo con la mantenida por Alfonso VI con las taifas, en la que las continuas extorsiones y demandas de tributos fueron la nota predominante<sup>16</sup>. Además, esa continuada petición de dinero por parte de Rodrigo sería imprescindible para él si valoramos que era un guerrero que no contaba con más recursos que los que podía conseguir él mismo, bien a base de razias, bien en forma de tributos fundamentados en extorsiones y amenazas<sup>17</sup>. La ambición,

13 Ver García Fitz, «El Cid y la guerra», *op. cit.*

14 Bartlett, *La formación de Europa*, *op. cit.*, p. 57.

15 Fletcher, *El Cid*, *op. cit.*, p. 191.

16 Véase, por ejemplo, Francisco García Fitz, *Relaciones políticas y guerra, la experiencia castellano-leonesa frente al Islam*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2002, 277 p.

17 David Porrinas González, «¿Masacre o clemencia? La conducta del Cid hacia sus enemigos vencidos», en Maribel Fierro y Francisco García Fitz (eds.), *El cuerpo derrotado: como trataban musulmanes y cristianos al enemigo vencido (península ibérica, siglos VIII-XIII)*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2008, pp. 167-206, y García Fitz, «El Cid y la guerra», *op. cit.*

la codicia, no serían, por tanto, patrimonio exclusivo de Rodrigo, sino característica común de la mayoría de los líderes políticos y militares de aquel momento.

La conquista de Valencia y su entorno requería que Rodrigo tuviera un conocimiento profundo de las principales estructuras islámicas. Para arrebatar la tierra de los enemigos es necesario conocerlos a ellos y al propio espacio que se pretende conquistar<sup>18</sup>. Antes de la toma de Valencia Rodrigo toma contacto con los musulmanes, se inserta en un modo de vida que debe agradecerle bastante e incluso «ensaya» el papel de «príncipe» islámico. Los años que pasa en Zaragoza durante su primer destierro (1081-1087)<sup>19</sup> son fundamentales para entender la posterior evolución de Rodrigo y su relación con el ámbito valenciano. En la corte de los hudíes zaragozanos Rodrigo no es un simple mercenario como algunos autores han querido ver. Va más allá de la simple comandancia de tropas, se convierte en delegado de al-Mutamin en asuntos tan importantes como las relaciones políticas y militares con los enemigos y los aliados. La *Historia Roderici*, fuente primordial para conocer la trayectoria cidiana a pesar de sus problemas<sup>20</sup>, afirma que «Al-Mutamin apreciaba mucho a Rodrigo

18 El tratadista chino Sun Tzu (500 a. C., aproximadamente), por ejemplo, afirma: «Conoce a tu enemigo y conócete a ti mismo; aunque tuvieras que sostener cien guerras, cien veces serías victorioso. Si desconoces a tu enemigo y te conoces a ti mismo, tus posibilidades de perder y de ganar serán iguales. Si desconoces a la vez a tu enemigo y a ti mismo solo contarás tus combates por derrotas», en Sun Tzu, *El Arte de la Guerra. Los Trece Artículos*, Barcelona, Planeta, 2000, artículo III, p. 29.

19 Sobre esta fase cidiana ver, entre otros, Afik Turk, «Relación histórica entre el Cid y la dinastía Hudi», en *Simposio Internacional «El Cid en el valle del Jalón»*, Zaragoza, Centro de Estudios Bilbilitanos; Institución Fernando el Católico, 1991, pp. 23-31, del mismo autor *El Reino de Zaragoza en el siglo XI de Cristo (V de la Hégira)*, Madrid, Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, 1978; Fletcher, *op. cit.*, pp. 131-149.

20 Algunos de ellos los contemplamos en «Un significado del término *Campeador*: El 'Señor del Campo de Batalla'», *Norba. Revista de Historia*, Cáceres, v. 16, 1996-2003, pp. 223-242. Hay varias ediciones de esta biografía cidiana, nosotros hemos utilizado dos, la de Emma Falque Rey, Juan Gil y Antonio Maya (eds.), «Historia Roderici vel gesta Roderici Campidocti», en *Chronica Hispana saeculi XII. Pars I*, Turnhout, Brepols, 1990 (Corpus Christianorum, Continuatio Medievalis, LXXI), traducida al castellano por la misma experta en «Traducción de la *Historia Roderici*», *Boletín de la Institución Fernán González*, año LXII, segundo semestre de 1983, n. 201, pp. 339-375;

y lo exaltó y puso en lugar principal sobre todo su reino y toda su tierra, usando de su consejo en todos los asuntos». Rodrigo, por su parte, servía «fielmente» a su señor musulmán, «y custodiaba y protegía su reino y su tierra»<sup>21</sup>. Incluso llegaría a ejercer las funciones de «infante», pues asumía las competencias que en otros contextos eran de los hijos de los reyes. Así, poco más adelante, la *Historia* vuelve a mostrarnos esa lugartenencia ejercida por Rodrigo en los asuntos principales de «Al-Mutamín», cuando asegura que el taifa zaragozano «mientras vivió exaltó y sublimó a Rodrigo por encima de su hijo, de su reino y de toda su tierra, de tal forma que parecía el dominador de todo el reino»<sup>22</sup>.

Pueden parecer exageradas las afirmaciones de un cronista siempre tendente a la sublimación del héroe. Sin embargo, es conocido que tanto los reyes de taifas como sus hijos no se caracterizaron precisamente por su ardor combativo ni por prestar especial atención a la organización militar de sus reinos, que preferían confiar esas funciones a comandantes cristianos a quienes pagaban para la articulación de una milicia que ejercería de núcleo formador de sus propias huestes, al modo de las mesnadas regias de los reinos cristianos<sup>23</sup>. Las funciones de esas milicias cristianas no serían únicamente militares, sino también «diplomáticas», en la medida en que el concepto «diplomacia» pueda ser empleado en este periodo<sup>24</sup>. Así, Rodrigo no se muestra en las fuentes de la época como un guerrero que se dedica únicamente a

y la bilingüe (latín-castellano) de Gonzalo Martínez Díez, José Manuel Ruiz Asencio e Irene Ruiz Albi, *Historia Latina de Rodrigo Díaz de Vivar*, Burgos, Ayuntamiento, 1999, 203 p. En ambas coincide la división en epígrafes.

<sup>21</sup> *Historia Roderici*, op. cit., p. 12.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>23</sup> Sobre la organización militar en este periodo véanse las aproximaciones de M<sup>a</sup>. Jesús Viguera Molins, «La organización militar en al-Andalus», en Miguel Ángel Ladero Quesada (coord.), *Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica*, n.º. extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, año XLV, 2001, pp. 17-60.

<sup>24</sup> Francisco García Fitz prefiere emplear el término «relaciones políticas», más ilustrativo para la situación de la época que el de «diplomacia», véase *Relaciones políticas y guerra*, cit. supra.



combatir, a veces aparece también intentando negociaciones con los enemigos de su señor musulmán. Aunque en tales intentos de acuerdo sea el taifa quien tiene la última palabra, no deja de ser significativo que esa misma relación se da en los ámbitos cristianos, donde los infantes actúan como delegados de sus padres en las campañas militares y en las relaciones políticas con el enemigo, y donde también la decisión final depende del rey y no del príncipe, por mucho que este pueda influir en ella.

Podría parecer que el autor de la *Historia* traslada sus propias concepciones cristianas y feudales del poder regio a una taifa islámica de finales del siglo XI, pero es indudable que esa era una época en la que la organización militar resultaba fundamental para la supervivencia de aquellos reinos, y que para sustentarla necesitaban de la participación de los cristianos, bien mediante la compra de su inacción o sus servicios o bien mediante la alianza con ellos. La relación de Rodrigo con la taifa de Zaragoza oscilaría entre esas opciones, especialmente entre el reclutamiento a cambio de soldada, en un principio, y la alianza, más tarde. Además, también cronistas musulmanes de la época nos hablan de esa delegación de poderes que los reyes hudies hicieron sobre Rodrigo, llegando alguno a afirmar, precisamente, que:

Fueron los Banū Hūd quienes de la oscuridad le sacaron [...] dándole poder sobre tierras de la Península, de modo que él puso su pie sobre la faz de sus mesetas e hincó su enseña en sus mismas entrañas, mientras su poder se agravaba y su daño alcanzaba a las tierras más próximas y más lejanas<sup>25</sup>.

La segunda etapa fundamental en la formación de Rodrigo para ser rey de taifas se desarrolla en el entorno que va a configurar su futuro señorío, en Valencia, cuando actúa como delegado

<sup>25</sup> *Al-Dajira Ibn Bassan*, en M<sup>a</sup>. J. Viguera Molins, «El Cid en las fuentes...», *op. cit.*, p. 61.

de Alfonso VI en la zona, con el fin de sustentar en el trono al endeble al-Qadir y cobrar los tributos de la ciudad y su región. Por haber sido este periodo tratado por distintos especialistas nos conformamos aquí con mencionarlo y no profundizar demasiado en él<sup>26</sup>. Sí querríamos señalar, no obstante, que en ese tiempo Rodrigo pasa de ser un mandado que actúa en representación de su monarca para convertirse en líder que se desenvuelve de manera completamente autónoma y va perfilando la conquista de la región.

Así pues, de encargado regio pasa a ser lo que Pierre Guichard define como auténtico «árbitro»<sup>27</sup> de la región que con posterioridad configurarían sus dominios, unos dominios que le habrían sido concedidos previamente por Alfonso VI, en una donación de tierras por conquistar que se asemeja bastante a las «cartas de conquista» de las que nos habla Bartlett. Estas donaciones de tierras por conquistar fueron frecuentemente otorgadas por distintos soberanos europeos a algunas órdenes militares, y también por algunos reyes ingleses a conquistadores de Gales e Irlanda. En virtud de las mismas se concedían unas tierras que todavía no habían sido conquistadas, sirviendo de importante estímulo para algunos individuos<sup>28</sup>, como, podría ser, Rodrigo Díaz. Según la *Historia*, Alfonso VI:

dedit absolutionem et concessionem in suo regno sigillo scriptum et confirmatam, quod omnem terram uel castella, que ipsimet posset adquirere a sarracenis in terra sarracenorum iure hereditario prorsus essent sua, non solum sua uerum etiam filiorum suorum et filiarum suarum et tocius sue generationis<sup>29</sup>.

26 Véase, entre otros, Guichard, *op. cit.*, pp. 64 y ss.; Peña Pérez, *op. cit.*, pp. 130 y ss. y Martínez Díez, *op. cit.*, pp. 173 y ss.

27 Guichard, *op. cit.*, p. 67.

28 Bartlett, *La formación de Europa*, *op. cit.*, pp. 129-130.

29 «le dio para su reino tal donación y concesión, escrita y confirmada con su sello: que toda tierra o castillo que personalmente pudiera adquirir Rodrigo de moros en tierra de moros que fuese suyo en adelante con derecho de heredad y no solo de él

Con esta donación, datable en 1088, no sorprende que en adelante Rodrigo centrara sus esfuerzos y desvelos en la conquista de ese espacio territorial que sería suyo y de sus hijos, y que aprovechara el tiempo como representante de Alfonso VI en Valencia para perfilar los contornos de su principado, para consolidar una red de relaciones tributarias en base a la extorsión o la alianza y para vincularse o neutralizar a quienes en el futuro serían sus principales aliados políticos y también potenciales enemigos, el propio Alfonso VI, los reyes cristianos de Aragón, el taifa hudí de Zaragoza y el conde de Barcelona Berenguer Ramón II, todos ellos con más que evidentes intereses en la zona codiciada por el Campeador<sup>30</sup>. Con esos cuidados tomados, aun con las necesarias cautelas, Rodrigo podría centrarse en la fase final del control de su principado, el asedio y conquista de Valencia y sus principales castillos.

Aparte de talento militar y negociador y de determinados atributos personales, vicios o virtudes, depende como se miren, un conquistador como Rodrigo necesitaba de una serie de elementos fundamentales para ejecutar su conquista y consolidarla, especialmente, cómo defiende Bartlett para otros ámbitos, «*castillos*

sino de sus hijos, hijas y descendientes», *Historia Roderici, op. cit.*, p. 26.

<sup>30</sup> El interés de al-Muqtadir ibn Hūd de Zaragoza y de su hijo al-Mutamin en Valencia es incuestionable. El primero de ellos, primer señor musulmán de Rodrigo Díaz, reinante entre los años 1046 y 1082 se anexionó la pequeña taifa esclava de Tortosa, que limitaba con la de Valencia por el Norte, en 1060. En 1076 controló la parte Sur de la taifa levantina deponiendo a su yerno del gobierno de la taifa de Denia, y también en ese mismo año, según Pierre Guichard «compra por una suma muy elevada, los derechos que el rey de Castilla, Alfonso VI, pretendía tener sobre Valencia, es decir, su neutralidad complaciente». A partir de ese momento «se propone completar su control sobre la fachada levantina mediante la anexión de esta ciudad», en Guichard, *op. cit.*, p. 61. En cuanto a los reyes aragoneses, ya apuntamos en otro lugar que las derrotas militares infringidas por Rodrigo a Sancho Ramírez y sus aliados musulmanes le permitirían negociar y suscribir acuerdos de «no agresión» y de alianza. Esa alianza cuajaría durante el reinado de su hijo, Pedro I. Algo similar ocurriría con Ramón Berenguer II, conde de Barcelona, a quien Rodrigo derrotó en campo abierto en dos ocasiones, llegando incluso a apresarle y, posiblemente, obligarle a firmar con él una especie de tratado de no agresión. Véase Porrinas González, «¿Masacre o clemencia?», *op. cit.*

y vasallos»<sup>31</sup>. Castillos como el de Yuballa (Cebolla), actual Puig de Santa María, situado a unos 15 kilómetros al norte de Valencia, y el de Peña Cadiella, ubicado hacia el sur a una distancia un poco mayor, fueron empleados como bases de operaciones efectivas desde las que Rodrigo y sus hombres lanzaban razias contra las inmediaciones de Valencia y contra las tierras gobernadas por quienes no querían convertirse en sus tributarios y ple-garse a sus exigencias. Rodrigo conquista Yuballa en 1093. Según la *Historia Roderici*, tras la toma «pobló una ciudad («villam»), le construyó fortificaciones («munitionibus») y la fortificó todo alrededor con fortísimas torres («fortissimis turribus»), para cuya ocupación, en efecto, vinieron muchas personas de las poblaciones vecinas y tomaron vivienda en ella»<sup>32</sup>. Pronto la convierte en una de sus plataformas más efectivas para atacar Valencia y a aquellos gobernantes que no quieren convertirse en sus tributarios, al tiempo que actúa como punto receptor de rentas, botines y pertrechos y en un lugar importante en la organización de su futuro principado<sup>33</sup>.

Peña Cadiella, por su parte, fue un puesto importante en la estrategia del Campeador para la conquista de Valencia y también tras la toma de la ciudad, articulando por la zona sur el

31 Sostiene Bartlett que «En los siglos XII y XIII» —y también en el XI, añadiríamos— «el ejercicio afortunado de un señorío precisaba que se cumplieran algunos requisitos universales: entre los más básicos estaban los castillos y los vasallos», en *La formación de Europa*, op. cit., p. 59.

32 *Historia Roderici*, op. cit., p. 54.

33 Yuballa es en la actualidad la localidad valenciana de El Puig de Santa María, situada a pocos kilómetros al norte de la capital, en el litoral. Según la *Historia Roderici*, Rodrigo lanzó una expedición de devastación y saqueo contra las tierras de Albarracín porque el gobernante de aquella pequeña taifa montañosa, Ibn Razin, le había negado el tributo que otros le pagaban. Los frutos de aquella campaña fueron directamente enviados a Yuballa: «Saqueé toda aquella tierra, y los víveres que encontré allí mandé que fueran llevados a Yuballa», *Historia Roderici*, op. cit., p. 58. Según Ibn Alqama, en la versión conservada en la *Primera Crónica General*, tras saquear una aldea cercana a Valencia llamada Derramada, «la piedra et la madera enbiola toda a Juballa pora fazer buena villa cabo del castiello», algo que también hará tras el saqueo del arrabal de Villanueva, *Primera Crónica General...I*, op. cit., cap. 903.



señorío cidiano. En 1091, tras la campaña por la vega de Granada en la que Alfonso VI, sin que sepamos el porqué, se había irritado de nuevo con Rodrigo, el Campeador regresó a la zona de Valencia, donde permanecería bastantes días. Durante ese lapso, según la *Historia*, Rodrigo:

En el lugar que llaman Peña Cadiella, el castillo que habían destruido los moros de raíz, lo reedificó con muchas y robustas fortificaciones y lo rodeó por todas partes con un muro inexpugnable. Finalmente fortificó mucho el citado castillo, suficientemente abastecido por una multitud de jinetes y peones armados con todos los géneros de armas. Lo llenó hasta arriba de pan, vino y carne<sup>34</sup>.

En pleno asedio de Valencia, en 1093, Rodrigo se traslada a Peña Cadiella y lanza desde allí una incursión que saquea «toda la tierra de Villena y la región circundante» y en la que consigue «muchos cautivos, mucho botín y víveres abundantes», frutos que envía directamente a la propia Peña Cadiella. Otro punto, este en el sur, que le sirve de plataforma para proyectar ataques y como lugar de concentración de guerreros, botines y pertrechos<sup>35</sup>.

Otros castillos que configuraron el señorío de Rodrigo Díaz fueron Olocau, Ondara, Almenara y, especialmente, Murviedro, fortificación en cuya conquista tuvo que derrochar tiempo, recursos y esfuerzo para disponer de un bastión importante en la zona norte de su principado una vez conquistada Valencia, evitando al mismo tiempo con su control que sirviera a los enemigos como plataforma ofensiva contra sus dominios<sup>36</sup>.

<sup>34</sup> *Historia Roderici*, *op. cit.*, 46.

<sup>35</sup> *Ibidem*, 57. Peña Cadiella sería en la actualidad un pico de poco más de 1000 metros de altura situado en una espina montañosa situada entre las delimitaciones provinciales de las actuales provincias de Valencia y Alicante. En ese monte situaría Rodrigo su castillo.

<sup>36</sup> *Ibidem*, 70-72. Una descripción de Murviedro en Fletcher, *op. cit.*, pp. 186 y ss.

De los vasallos que sirvieron a Rodrigo durante la conquista de Valencia no sabemos prácticamente nada, aunque sí, como es obvio, que serían fundamentales en las operaciones militares desplegadas para el asedio y control de la ciudad y de los puntos fuertes principales de los que hemos hablado, así como en las extorsiones y recaudaciones de tributos y pertrechos necesarios para alimentar a la hueste y ampliarla. De ellos solo nos han quedado las referencias genéricas de la *Historia Roderici* y algunos nombres propios sin patronímicos de la lista de confirmantes y testigos de algún documento. Podemos suponer, sirviéndonos de nuevo de las ideas de Bartlett, que «muchos de estos hombres no tenían tierras o tenían muy pocas en sus lugares de origen y, para los que no tenían tierras, el atractivo de la empresa expansiva residía en parte en la oportunidad de convertirse en terratenientes»<sup>37</sup>. Otros, de rango más modesto, buscarían con anhelo «llevar a cabo la mágica transición de los *pedites* cubiertos de polvo a los *equites* que iban al galope», pudiendo encontrarse la clave de ello «en formar parte de una expedición que tuviera éxito». La de Valencia tendría visos de convertirse en una de esas campañas exitosas en la que muchos podrían medrar al lado del Campeador, de aquel que nunca era derrotado por ningún enemigo. La «mágica transición» de peón a caballero se concretaría en muchos casos en la realidad histórica, y así lo ilustró la literatura juglaresca con un verso muy conocido «Los que van a pie cavalleros se fazen»<sup>38</sup>.

La hueste cidiana debía ser muy heterogénea, adaptada a sus peculiares necesidades y a la particular naturaleza del ámbito geográfico y cultural que pretendía conquistar. En este sentido, como en bastantes otros, se mostraría pragmático, no importándole lo más mínimo reclutar musulmanes e integrarlos en su ejército. Incluso puede que tuviera vasallos musulmanes, ya que precisamente ese elemento, el islámico, desempeñaría un importante

<sup>37</sup> Bartlett, *La formación de Europa*, op. cit., p. 69.

<sup>38</sup> Alberto Montaner frutos (ed.), *Cantar de Mío Cid*, Barcelona, Crítica, 1993, v. 1212b.

papel en su hueste, incluso, podría ser, en su mesnada, el grupo de guerreros elegidos más próximos al líder y seleccionados por él para asesorarle y constituir el núcleo articulador de su hueste, para, en definitiva, prestarle «auxilium et consilium»<sup>39</sup>. Teniendo en cuenta que Rodrigo necesitaba conocer en profundidad el mundo islámico que quería conquistar –su lengua, su credo, sus costumbres, sus leyes, su sistema tributario, su geografía, su topografía, etc– para interactuar, enfrentarse con él, conquistarlo y servirse de muchas de sus estructuras fiscales, poblacionales o ideológicas, no es aventurado pensar que algunos musulmanes debieron formar parte de su círculo más próximo. Tenemos noticia, además, de los denominados «dawair» o «tornadizos»<sup>40</sup>, de los que nos habla Ibn al-Kardabús, y también de ballesteros y peones que en determinados momentos el Cid exigía como tributo a algunos castillos cercanos a Valencia<sup>41</sup>.

39 Bartlett define la «mesnada militar» como «uno de los cuerpos sociales básicos de la Europa medieval. Se trataba de un grupo de guerreros liderados por un señor, hombres que estaban ligados los unos a los otros por juramentos, por camaradería y por interés mutuo», constituyendo su antecedente histórico el «bando germánico», en *La formación de Europa, op. cit.*, p. 70. Sobre las mesnadas regias, que tendrían un funcionamiento similar a las señoriales, y que en el ámbito anglonormando de los siglos XI y XII eran conocidas con el significativo nombre de «familia regis», ver Francisco García Fitz, *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*, Madrid, Arco, 1998, pp. 34-36, y Francisco García Fitz, «La organización militar en Castilla y León», en *Conquistar y defender, op. cit.*, pp. 88-91; Marjorie Chibnall: «Mercenaries and the 'Familia Regis' under Henry I», en Matthew Strickland (ed.), *Anglo-Norman Warfare. Studies in Late Anglo-Saxon and Anglo-Norman Military Organization and Warfare*, Boydell Press, Woodbridge, 1992, pp. 84-92, así como el de J. O. Prestwich, «The Military Household of the Norman Kings», en *Ibidem*, pp. 93-127. Sobre la «mainada» en el ámbito catalano-aragonés del siglo XIV, véase. M<sup>a</sup>. T. Ferrer I Mallol, «La organización militar en Cataluña en la Edad Media», en *Conquistar y defender... Ibidem*, pp. 186-187.

40 «[...] en ese tiempo se juntaron al Campeador [...] un gran número de musulmanes malvados, viles, perversos y depravados, y otros así que obraban como ellos, llamados «los ambulantes» (dawā'ir), que contra los musulmanes lanzaban algaras, entraban a sus harenes, mataban a los hombres y robaban a las mujeres y a los niños. Muchos de ellos renegaban del Islam y abandonaban la Ley del Profeta [...] hasta llegar a vender a un musulmán cautivo por un pan, una medida de vino o un arrelde de pescado, y a quien no podía rescatarse le cortaban la lengua, le vaciaban los ojos y le soltaban a los perros de presa que lo destrozaban», Ibn Al-Kardabus, *Historia de al-Andalus (Kitab al-iktifā)*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 67.

41 Cuenta Ibn Alqama, en versión recogida por la *Primera Crónica General*, que en

Rodrigo Díaz y sus hechos no pasaron desapercibidos a sus contemporáneos, es más, llamaron poderosamente su atención y creyeron necesario por ello anotarlos en sus escritos, especialmente en los cronísticos y literarios. Como en los ámbitos estudiados por Bartlett, «lo que emerge en esos registros la imagen del conquistador»<sup>42</sup>, tanto en negativo como en positivo, con claros oscuros. Así, la representación que de Rodrigo Díaz proyectan los autores musulmanes, cabía esperarlo, es la de un individuo «codicioso», un «tirano», un «perro» que muestra su faceta más cruel y descarnada durante el asedio de Valencia, un vulnerador de los acuerdos consignados con las autoridades musulmanas para la rendición de la ciudad, un torturador y ejecutor en la hoguera de Ibn Yahhaff, cadí valenciano<sup>43</sup>. Sin embargo, entre todos esos reproches encontramos algunos elogios que configuran, junto con las visiones de la *Historia Roderici*, esa «imagen del conquistador».

La cualidad más alabada en Rodrigo por los autores musulmanes es su valentía, su arrojo, su falta de miedo. Son reseñables las palabras de Ibn Bassan (principios del siglo XII) para referirse en una ocasión al Campeador, en una cita muchas veces repetida pero imprescindible:

una fase del cerco de Valencia Rodrigo «enbio decir a los que tenian los castiellos quel enuiasen ballesteros y peones pora combater a Valencia; et non ouo y ninguno que non fiziesse su mandado, et enbieronle luego muchos ballesteros y muchos peones con su vianda et con sus armas», en *Primera Crónica General, op. cit.*, cap. 910.

<sup>42</sup> *La formación de Europa, op. cit.*, p. 122. Precisamente así, «la imagen del conquistador», es como Bartlett titula el Capítulo IV de *La formación de Europa, op. cit.*, pp. 121-147.

<sup>43</sup> Sobre la imagen cidiana proyectada por los cronistas musulmanes véase Benaboud, Muhammad, «Imagen del Cid en las fuentes árabes», en César Fernández Alonso (coord.), *El Cid, poema e historia. Actas del Congreso Internacional*, España, Ayuntamiento de Burgos, 2000, pp. 115-127. Ver también, en menor medida, Cristina Granda Gallego, «Otra imagen del guerrero cristiano (su valoración positiva en testimonios del Islam)», en *La España Medieval, V: Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz, t. I*, Madrid, Universidad Complutense, 1986, pp. 471-480, sobre el Cid en especial p. 477.



Este opresor [Rodrigo], al mismo tiempo, por su actuar con destreza, sus dotes de entereza, y su intrepidez extrema, era uno de los prodigios de su Dios, (...). Había llevado, maldígale Dios, victoriosa su enseña, había vencido a grupos de cristianos, combatiendo a algunos de sus jefes en varias ocasiones, como a García apodado «el Boquituerto», y al jefe de los francos [el conde de Barcelona], y a Ibn Rudmir [=el rey de Aragón], mellando el filo de sus tropas y dando muerte con su poca mesnada a sus numerosos soldados.<sup>44</sup>

Ibn Alqama, autor que presenció en directo el asedio de Valencia y cuya obra reproducen otros autores musulmanes y cristianos, también incide en ese carácter valeroso e impávido del Campeador. Cuenta este cronista que siendo ya señor de Valencia, Rodrigo vio como los almorávides le cercaban con un ejército inmenso que parecía un «océano bullidor». Lejos de amedrentarse, Rodrigo arengó a los suyos y los animó al combate:

el maldito jefe suyo, el Campeador, no mostró temor ante esa multitud ni manifestó cuidado, pues por las aves tenía augurios

44 Ibn Bassan, *al-Dajira fi mahasin ahl al-Yazira*, ed. I. Abbas, Beirut, 1971, traducidos los fragmentos relativos al Cid por Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», en *El Cid, poema e historia*, op. cit., p. 63. No fue tan habitual que los historiadores musulmanes contemporáneos a Rodrigo hablaran de él en términos tan elogiosos, incluso el mismo Ibn Bassan se refiere a él como «perro» y «tirano». Eso hace que su testimonio sea más valioso a la hora de comprender la capacidad victoriosa de Rodrigo Díaz. Unas sugerentes reflexiones sobre la imagen del Cid en las fuentes musulmanas en, Muhammad Benaboud, «La imagen del Cid en las fuentes históricas andalusíes», *El Cid, poema e historia*, op. cit., pp. 115-127, sobre la capacidad militar del personaje según los autores musulmanes, especialmente pp. 122-127. Esa alabanza del Cid quizás se fundamentó en la necesidad musulmana de justificar sus propias miserias engrandeciendo al enemigo, ver para ello Cristina Granda Gallego, «Otra imagen del guerrero cristiano (su valoración positiva en testimonios del Islam)», en *En la España Medieval, V: Estudios en memoria del profesor D. Claudio Sánchez Albornoz*, I, Madrid, Universidad Complutense, 1986, pp. 471-480, sobre el Cid en especial p. 477. Sobre este mismo particular véase también Peña Pérez, op. cit., p. 31.

y pronósticos, añadiendo otros emblecos de sus mentiras, con que confortaba el ánimo de sus gentes<sup>45</sup>.

Menos atención que las imágenes musulmanas han merecido las que proyecta el autor de la *Historia Roderici*. En ella el cronista otorga una gran importancia a la faceta belicosa del protagonista de su obra. No solo se refleja esa realidad en su tendencia a centrarse en la narración de acontecimientos militares, -algo que por otra parte es normal en las *gesta*-, sino también en los términos que emplea para referirse tanto a Rodrigo como a sus acciones, unos epítetos similares a los empleados por cronistas como Godofredo Malaterra, Guillermo de Apulia y Amado de Montecasiño para singularizar a los normandos y sus acciones bélicas en las narraciones de las conquistas de Sicilia y de la Italia meridional. Para el desconocido autor, como para los escritores normandos aludidos fueron sus héroes particulares, Rodrigo Díaz «era un hombre con un conjunto de cualidades especiales, con ciertos modelos de sentimientos», que habría fundamentado sus éxitos militares no tanto en «su número o superioridad técnica» como en «una suerte de características psicológicas»<sup>46</sup>.

Para el autor de la *Historia Roderici* Rodrigo Díaz es el «Campidoctus», el «Señor del Campo de Batalla», el único personaje de su tiempo nunca derrotado en el complicado escenario de la batalla campal<sup>47</sup>. Es, además, un «uir bellator», fórmula no empleada con demasiada profusión en el contexto castellano-leonés y que vendría a significar «hombre guerrador»<sup>48</sup>. El comienzo de la crónica constituye, además de una declaración de principios,

45 Ibn Idari: *Al-Bayan al-Mugrib*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes...», *op. cit.*, p. 73.

46 Bartlett, *La formación de Europa*, *op. cit.*, pp. 121-122.

47 David Porrinas González, «Una interpretación del significado de «Campeador», *op. cit.*

48 Una interpretación de ese término en Raúl Manchon Gómez, *Léxico de las Instituciones político-administrativas y militares en la Documentación Medieval latina del reino de León (775-1230)*, León, Servicio de Publicaciones de la Universidad de León, 2000, pp. 724-726; 738-740.

ejemplo claro de la importancia que para su autor tuvo el valor personal y las gestas militares del biografiado:

*Quoniam rerum temporalium gesta immensa annorum uolubilitate pretereuntia, nisi sub notificationis speculo denotentur, obliuioni proculdubio traduntur, idcirco et Roderici Didaci nobilissimi ac bellatoris uiri prosapiam et bella ab eodem uiriliter peracta sub scripti luce contineri atque haberi decreuimus*<sup>49</sup>.

Afirmaba más adelante que Rodrigo se había convertido en «uir bellator fortissimus et Campidoctus» en el «*aula regis*» de Sancho II, quien mostró especial dilección por él, precisamente por eso, por su valor en la guerra, una cualidad que había heredado de su padre Diego Laínez, quien en una ocasión había arrebatado a los navarros el castillo de Ubierna con «*magna et robusta uirtute*». Pronto, proseguía, se destacó Rodrigo en los hechos de armas, como en el cerco de Zamora, donde se enfrentó «cum XV militibus», matando a uno, hiriendo a dos más y poniendo al resto en fuga con «robusto animo», que es otra de sus expresiones empleadas para referirse a un carácter valeroso que inunda todo el relato<sup>50</sup>.

Otra de las fórmulas utilizadas por el cronista para remarcar la voluntad de Rodrigo de no huir de la presencia de sus enemigos, y por tanto destacar su valentía y falta de miedo, es afirmar que permanece «inmóvil como una roca» («*tamquam lapis immobilis*»)<sup>51</sup>, al contrario que sus adversarios, que huyen despa-

49 «Porque los acontecimientos que acaecen, por la gran volubilidad del paso de los años, si no se consignan en el espejo de la escritura, sin duda que caen en el olvido, por ello decidimos que se tengan y se guarden por la luz de este relato la prosapia de Rodrigo Díaz, varón nobilísimo y guerrero, y las guerras que por él virilmente fueron realizadas», *Historia Roderici, op. cit.*, ep. 1, pp. 53 y 103.

50 *Ibidem*, ep. 3 y 5, pp. 54-55. Fue empleada también, por el propio Rodrigo, en la respuesta a la carta de desafío que le envió Berenguer antes de la batalla de Tevar, en 1090, donde le aseguró «Nunc autem in plano te expecto securo et robusto animo», 40, pp. 76-77.

51 Como cuando estando en Burriana, en 1090, tuvo noticia de la aproximación

voridos de su faz. Ese contraste se aprecia en la narración de la campaña predatoria lanzada por Rodrigo en verano de 1092 contra tierras riojanas gobernadas por su «enemigo» García Ordóñez. Al enterarse de esa acción, relata el cronista, García Ordóñez reúne un gran ejército para luchar contra Rodrigo, pero cuando llega a Alberite, ya cerca del enemigo, «presa de gran pánico y temor, sin dudarle, volvió aterrado con su ejército a su tierra». El Campeador, por su parte, «los esperó alegre y con ánimo decidido, como una piedra inmóvil» («*tamquam lapis immobilis robusto animo gaudenter expectauit*»), durante los siete días acordados<sup>52</sup>.

El carácter valeroso de Rodrigo se hace patente en la narración de los distintos tipos de operaciones militares desarrolladas por él: cabalgada, asedio y batalla. En la cabalgada que dirige contra tierras de Gormaz y que le cuesta el primer destierro, el autor afirma que el Campeador actuó «uiriliter»<sup>53</sup>, del mismo modo que conquistó los castillos de Escarp, Alberite, Logroño, Alfaro y asedió los arrabales de Villanueva y Alcludia —«fortissime debellauit»<sup>54</sup>.

Pero donde más se esfuerza el cronista en resaltar la valentía de Rodrigo es en la narración de las batallas campales, en las que el castellano no se arredra nunca, incluso cuando sus enemigos le superan en número. Ello se aprecia en la narración del enfrentamiento contra al-Hayib y Sancho García de Aragón en los márgenes del Ebro, donde ante la vista del ejército rival «iurauit eis omnino resistere et a facie eorum minime fugere, permansit-que ibi fortiter constans», y donde venció, saqueó el real y apresó hombres ilustres «debellando uiriliter»<sup>55</sup>. En el relato de la batalla de Tévar —en 1090, frente a Berenguer Ramón II— emplea, en un

contra él de un ejército catalano-leridano, *Ibidem*, 37.

<sup>52</sup> *Ibidem*, 50, pp. 85 y 132.

<sup>53</sup> *Ibidem*, 10, p. 57.

<sup>54</sup> *Ibidem*, 15, p. 59; 50, p. 84; 55, p. 87.

<sup>55</sup> *Ibidem*, 23, p. 63.

solo párrafo, varios de sus frecuentes términos para aludir al valor demostrado por Rodrigo y sus hombres:

Rodrigo irrumpió en la formación del conde, la arrancó y derrotó en el primer choque. Sin embargo, en este combate, combatiendo como un hombre —«uiriliter bellando»—, Rodrigo fue derribado de su caballo y su cuerpo quedó magullado y herido. Pero sus hombres no abandonaron el combate, sino que, por el contrario, con ánimo firme —«robustis animis»— lucharon hasta que derrotaron y virilmente —«uiriliter»— vencieron al conde y a todo su ejército<sup>56</sup>.

El héroe es presentado de manera similar en la batalla del Cuarte, donde se nos muestra a un Rodrigo que ante la visión del enorme ejército almorávide «no se admiró en absoluto», con su valor acostumbrado —«con el acostumbrado coraje de su corazón («solita cordis animositate»)», se confortaba y se hacía fuerte valerosamente («uiriliter»)»<sup>57</sup>. Por otra parte, ninguno de los enemigos de Rodrigo es mostrado en la crónica como valeroso, más bien al contrario. Resulta peculiar alguna expresión que utiliza para indicar la cobardía de los adversarios, al decir que «huyen de la presencia de Rodrigo» «derrotados y en desorden»<sup>58</sup>, o que experimentan «un gran pavor» ante su figura<sup>59</sup>.

<sup>56</sup> *Ibidem*, 40, pp. 77 y 125.

<sup>57</sup> *Ibidem*, 62, pp. 90 y p. 137.

<sup>58</sup> Como en Cabra, donde los enemigos de Rodrigo que no fueron muertos o capturados «vencidos y desordenados, huyeron de la presencia de Rodrigo Díaz», *ibidem*, 8, p. 106, o en Almenar, donde algunos condes catalanes y el taifa leridano al-Hayib «dieron la espalda al poco y, vencidos y en desorden, huyeron delante de Rodrigo», *ibidem*, 16, p. 109.

<sup>59</sup> Como Berenguer cuando se aprestaba a sitiar Valencia en el año 1088 y Rodrigo fue contra él, lo que motivó que el catalán «aterrado por el miedo» desistiera de su idea de tomar Valencia, *ibidem*, 30, p. 114. En términos similares es presentado el emir almorávide Yusuf, quien, a juicio del autor, no quiso enfrentarse contra Alfonso VI en las inmediaciones de Granada por el temor que le tenía: «Yusuf, el rey de los almorávides y moros, no atreviéndose a aguardar al rey Alfonso y a luchar contra él, aterrizado del pavor que le tenía, huyó furtivamente con su ejército de aquellos lugares. Como el rey Alfonso hubiera sabido con toda certeza que Yusuf, el

Pero la *Historia* muestra otras facetas de la psicología del héroe, que sería también la suya propia. La imagen valerosa del guerrero y conquistador tiene otros matices en las líneas de la gesta, que presentan a un Rodrigo que experimenta sentimientos tales como la «tristeza» («tristitia»), la vergüenza del deshonor («dedecus»), la ira y algo parecido al miedo<sup>60</sup>. Además, y esto es más sorprendente, el cronista muestra al Campeador exhibiendo brutalidad y «crueldad» en una ocasión que el de Vivar ataca los dominios de su «enemigo» García Ordóñez, y también los de Alfonso VI, para apartar a este último de Valencia, para obligarle a alejarse de ella y defender una parte de su reino del ataque sañudo. En aquella campaña predatoria, que tendría lugar en 1092, Rodrigo había atacado y tomado Logroño y Alberite «uiriliter debellando», y se había empleado a fondo en la quema y destrucción de las tierras de su «inimicus», hasta el punto de herir la sensibilidad del biógrafo cristiano, quien califica aquella campaña con términos como «mestabilem et ualde lacrimabilem predam», «dirum et impium atque uastum inremediabili flamma incendium», «seuissime et inmisericorditer»<sup>61</sup>. Para él, como para

rey de los moros, había huido a causa del pavor que le tenía...», *ibidem*, 45, p. 129. En la misma línea, la recreación de la reacción de García Ordóñez comentada más arriba, 50, p. 132, así como la presentación de la retirada del ejército almorávide que desde Denia acudió en 1093 a intentar apartar a Rodrigo de Valencia, pero que «no atreviéndose a entablar combate con Rodrigo, asustado de pavor y con mucho miedo, huyó protegido con las sombras de la noche», 60, p. 136.

<sup>60</sup> Relata la *Historia* que tras abandonar el cerco de Aledo con Alfonso VI (en 1091), el rey se irritó mucho con Rodrigo y le reprendió con dureza sin motivo, ordenando incluso su apresamiento. A la noche siguiente Rodrigo, «no sin temor» («non sine pauore»), se marchó. Al día siguiente «molesto y entristecido en extremo» («molestus nimirque mestus») se dirigió hacia Valencia por caminos poco transitados, *Historia Roderici*, *op. cit.*, 45 y 46. No queremos ser más prolijos en la ejemplificación de un tema sobre el que nos encontramos trabajando, en un estudio que analiza, precisamente, la imagen de Rodrigo Díaz en la *Historia Roderici*, desde varias perspectivas, comparando ese retrato con el ofrecido por otros autores, tanto musulmanes como cristianos, y ampliando tal comparación con las imágenes que de otros caballeros ofrecen otros cronistas cristianos del siglo XII.

<sup>61</sup> G. Martínez Díez, *et. al.* proponen la siguiente traducción de ese pasaje: «Entonces luchando con valor conquistó Alberite y Logroño. En efecto hizo un ingente, funesto y muy llorado botín, y con irremediable llama un cruel, impío y vasto incendio hizo en aquellas tierras de forma cruel y sin misericordia. Con cruel



los cronistas musulmanes en mayor medida, Rodrigo también podía actuar con «crueldad», constituyendo ésta otra de las caras del conquistador.

Así pues, una de las facetas más importantes de un conquistador es su manera de relacionarse con los enemigos, los conquistados, los vencidos, tanto durante la conquista como después de la misma. Esas relaciones entre el conquistador y los conquistados suelen oscilar entre la clemencia y la crueldad, entre la benevolencia y la masacre o la tortura, y detrás de esos comportamientos no es extraño que subyazcan motivaciones pragmáticas. El Cid constituye un buen ejemplo de ello<sup>62</sup>. Por otra parte, considera Robert Bartlett que «la crueldad y sed de sangre», «la brutalidad», «era una parte de la imagen», del conquistador, «tan importante como la fuerza y el valor». Para los «feroces normandos», —designados así por Guillermo de Apulia—, era vital conservar esa reputación de brutales y crueles, para hacerse respetar por sus enemigos. Los príncipes lombardos del sur de Italia los percibían como «una raza salvaje, bárbara y horrible, inhumana». Algo parecido opinaban los musulmanes andalusíes de los cristianos del norte, de quienes destacaban su destreza militar y su valor en el campo de batalla, su falta de higiene y costumbres bárbaras. Y de manera muy similar percibieron los autores musulmanes coetáneos a Rodrigo y sus conductas.

De esta manera, bastantes de esas ideas «bartlettianas» son aplicables a Rodrigo y sus acciones durante la conquista de Valencia y después de la misma. El Cid más «cruel» es el que quiere culminar su empresa a toda costa, el que se impacienta cuando ve que ese objetivo final se prolonga en el tiempo, que los enemigos están reaccionando y que alguno de sus envites puede apartarle de ese sueño o desliar la fina red de relaciones, basadas en la alianza

e impía depredación devastó toda la mencionada tierra y destruyó de ella todas las riquezas», en *Historia Roderici*, *op. cit.*, 50.

<sup>62</sup> Ya tuvimos ocasión de estudiarlo en Porrinas González, «¿Masacre o clemencia?...», *op. cit.*

y el terror, que él mismo ha tejido para alcanzar esa meta. De hecho, las únicas noticias sobre masacres deliberadas perpetradas por el Cid y sus hombres las encontramos en autores musulmanes que narran las operaciones desplegadas para la conquista de Valencia, siendo la más significativa la orden de ejecutar a Ibn Jahaff, cadí de la ciudad, sentenciado a muerte a principios de 1095, por haber, supuestamente, vulnerado un pacto y juramento contraído con Rodrigo –entregarle el tesoro de al-Qadir– y en venganza por la muerte del anterior taifa valenciano, protegido cidiano, aunque las versiones sobre la causa de la imposición de esa sentencia capital son un tanto variadas en los distintos autores. Unos consideran que el motivo fundamental fue el engaño al que Ibn Jahhaf habría sometido a Rodrigo al ocultarle una parte del tesoro del al-Qadir; otros el hecho de que el cadí valenciano hubiera ordenado el asesinato del protegido cidiano<sup>63</sup>.

Lo que parece claro es que a pesar del acuerdo de capitulación contraído para la rendición de la ciudad, en el que el Cid se comprometía a respetar la vida y los bienes del cadí, posteriormente

63 Una de las narraciones más convincentes sobre aquel hecho parece la de Ibn Bassan en su *al-Dajira*: «Estableció Rodrigo entre él y el citado cadí un pacto, en presencia de ambos grupos [cristianos y musulmanes], testigos los más notables de ambas religiones, que si él [después] daba con [el tesoro] y lo hallaba [junto al cadí], consideraría lícito dejar de protegerle y podría matarle. No tardó Rodrigo en hallar el citado tesoro junto [al cadí], pues Dios había decretado su perdición por mano de Rodrigo, aunque aquello acaso fuera treta que montó y una de las mañas que urdía y prendía», en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 63. El anónimo autor de la *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, también se inclinó por la supuesta ocultación por parte del cadí de parte del tesoro de al-Qadir: «Luego el Campeador dio muerte a Ibn Yahhaf, siendo la causa de su muerte que el Campeador, maldígale Dios, recibió de este todos los tesoros de al-Qadir, pero Ibn Yahhaf retuvo uno muy valioso, sabiéndolo el Campeador, le preguntó por él, mientras el otro negaba tenerlo. [El Campeador] le ordenó jurarlo en presencia de testigos y de personajes musulmanes y cristianos, y juró no haberlo visto ni tenerlo. [El Campeador] lo dejó ir, pero luego lo descubrió», en *ibidem*, p. 65. Ibn Idari incidió en que la causa del apresamiento y muerte de Ibn Chajjaff fue el castigo que quiso imponerle Rodrigo por haber urdido la muerte de al-Qadir. Pero añadía más datos valiosos sobre las motivaciones del Cid: «Lo que colmó la cólera del tirano contra él fue su dura resistencia en aquella crisis [del asedio], su esfuerzo en pedir ayuda [a los almorávides y al rey de Zaragoza], y cómo le rechazó dándole largas, esperando poder mantener la ciudad dentro del Islam», en *ibidem*, pp. 74-75.



ordenó su ejecución ante los valencianos. En cuanto a la forma de ejecutarlo hay también versiones diferentes, ya que unos cronistas afirman que fue enterrado hasta medio cuerpo y quemado, y otros que fue apedreado, aplicando la ley musulmana en lo tocante al castigo del que era merecedor aquel que había dado muerte a su rey<sup>64</sup>. Parece que la intención de Rodrigo estaba clara con aquella actuación: acabar con el único escollo que se interponía en su camino para ser el dueño absoluto de la ciudad que tantos esfuerzos le había costado conquistar. Debemos tener en cuenta, además, la enorme irritación, desprecio y deseos de venganza que este personaje pudo despertar en Rodrigo, especialmente porque habría sido el responsable de la prolongada e insidiosa resistencia que habían protagonizado los valencianos y que tantos desvelos le había provocado<sup>65</sup>.

El Cid y los suyos perpetraron también una serie de masacres y torturas durante el asedio de la ciudad, detrás de las cuales pueden encontrarse motivaciones prácticas, pues es precisamente el pragmatismo guerrero una de las cualidades que le permite a Rodrigo dejar de ser un infanzón y convertirse en un rey de taifas a la manera musulmana. Así, una vez formalizado el bloqueo absoluto de Valencia, cualquier arma era buena para doblegar la voluntad de los defensores. Un instrumento potente en un asedio era precisamente la presión psicológica sobre los sitiados para forzar su rendición. Así es como tenemos que entender aquellas torturas y asesinatos cometidos contra cautivos musulmanes. A Rodrigo le interesaba, una vez que decidió someter la ciudad por hambre, que ningún musulmán saliera de Valencia, para que agotaran sus recursos, aumentara la carencia hasta el límite y forzar así su rendición. Por eso, llegado el momento, ordenaría torturar y ejecutar a todo aquel que abandonara la ciudad, o venderlo como esclavo a alguno de los mercaderes del puerto que habían

64 Porrinas González, «¿Masacre o clemencia?...», *op. cit.*

65 No en vano, el de Valencia fue uno de los cercos más prolongados que se dieron en la época. Casi un año de resistencia no era normal en este tiempo.

acudido a comprar cautivos. La visión de las atrocidades contra sus semejantes debió de tener efectos demoledores en la moral de los valencianos, que se debatirían entre la muerte por hambre o por aquella que les inferiría el Campeador extramuros. Las amenazas no bastaban, tenían que concretarse si Rodrigo, como los normandos en su ámbito de acción, quería «mantener su reputación» de crueldad y brutalidad.

Rodrigo Díaz, no obstante, agotó distintas posibilidades para el control de Valencia antes de ejecutar aquellas medidas extremas. Intentó el asalto, corriendo grave peligro de muerte, y decidió que el bloqueo, o «dejarlos morir de hambre», era la única opción factible para la conquista. También prueba otra clase de arma psicológica: muestra a la población valenciana su estrechez y carencia, que contrasta con la abundancia de que disfrutaban en arrabales como Villanueva o Alcludia, sometidos directamente a su poder<sup>66</sup>. Así, la pujanza y abastecimiento de aquel arrabal contrastaba sobremanera con la escasez y carestía que sufrían los de Valencia, donde los precios subían a diario hasta alcanzar cotas astronómicas y donde la falta de alimentos obligaba a la mayoría a la ingesta de cuero, hierbas, animales impuros e incluso hombres, según un autor, que afirma que al que moría entre ellos lo devoraban<sup>67</sup>.

66 Francisco Javier Peña Pérez afirma en este sentido que «Para los habitantes de la ciudad de Valencia, el microprincipado cidiano del arrabal de Alcludia no podía ser considerado sino como el paraíso o la tierra prometida, el ideal alternativo a su situación de penuria y escasez», y que «el comportamiento del Cid en Alcludia se manifestaba como una excelente lección de propaganda política para los valencianos de la ciudad», ya que no solo florecía económicamente, sino que allí se aplicaban de manera escrupulosa las leyes musulmanas coránicas en lo tocante a justicia y cobro de impuestos, *op. cit.*, p. 162.

67 «La gente careció de alimentos, y comieron ratas, perros y cadáveres, pues llegaron a comerse entre sí, y a quien de entre ellos se moría, lo devoraban», *Crónica Anónima de los Reyes de Taifas*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 65. También Ibn Idari transmitió aquellas impresiones de Ibn Alqama, al decir que «Solo los poderosos llegaban a alcanzar algo de lo que aun había, mientras los demás escasamente se sustentaban con los cueros, resinas y regaliz, y otros por debajo todavía con ratas, gatos y cadáveres humanos, cayendo sobre un cristiano, desplomado en el foso, agarrándolo con las manos, y repartiéndose su carne», en



En esos momentos críticos, como apuntábamos arriba, al Campeador no le interesaba que escapara nadie de la ciudad. Cualquier persona que se encontrara dentro sería un consumidor de las pocas vituallas con las que contaban, y se aceleraría así la necesidad de los sitiados de comer y, por tanto, de entregarse. Es entonces cuando se muestra la faceta más radical de la conducta del Cid hacia sus enemigos, ya que ordena infligir terribles torturas, incluso la muerte, a todo aquel que acudiera a sus reales abandonando Valencia. En un principio, al parecer, el Cid no se decanta por la ejecución o tortura de los evadidos, sino por venderlos como esclavos a los mercaderes que se encontraban en el arrabal de Alcudia<sup>68</sup>. Es más adelante, y tras el fracasado asalto por la puerta de Bebalhanex, cuando Rodrigo Díaz radicaliza su conducta para con los que impelidos por el hambre huyen de la ciudad. Ya no comercia con hombres y mujeres, sino que ordena que sean asesinados de manera cruenta para que puedan verlo los de dentro y así disuadirlos de escapar de la ciudad. Ibn Alqama, en la versión de la *Primera Crónica General*, nos ofrece un relato estremecedor de aquellos acontecimientos<sup>69</sup>. Ibn Idari, también

*al-Bayan al-Mugrib*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 75.

<sup>68</sup> «et auie y muchos omnes et muchas mugeres et ninnos que asechauan quando abrien las puertas de la villa, et salien et yuanse meter en poder de los cristianos; et dellos matauan, et dellos leuauan presos et uendielos a los moros que estauan en el Alcudia con el Çid, et dauan vn moro por un pan o por un terrazo de vino; et así eran ya decaydos, que sol que les dauan que comiesen o los fartauan, luego murien. Et los que eran mas rezios et non eran desfanbridos, vendienlos a los mercadores que vinien y por mar; et auie estonces muchos que vinien de todos cabos», en *Primera Crónica General*, *op. cit.*, cap. 912, p. 582.

<sup>69</sup> «Et aquel que el Çid podie fallar que salie de la villa, mandaua quemar ante todo el pueblo en lugar o lo viessen los moros; et quemo un día XVII dellos. Et echaua otros a los perros que los despedaçauan biuos. Et daquellos que escondien los omnes que non sabie el Çid dellos, enbiauanlos por mar a tierra de cristianos a vender; et los mas que enbiauan eran moços et moças, ca los otros non los querien; et tenien consigo muchas moças uirgines. Et aquellos que sabien que auien parientes en la villa o que dexauan y alguna cosa, dauanles muchas penas, et colgauanlos de las torres de las mezquitas que eran fuera de la villa, et apedreauanlos; et quando los moros vien que los querien matar, quitauanlos a pleito que morasen en el Alcudia con los moros que eran del Çid», *ibidem*, cap. 915, p. 586.

transmite las vivencias e impresiones de Ibn Alqama y muestra, en términos similares, aquellos tormentos inflingidos por el Cid a los musulmanes que hambrientos deciden abandonar Valencia:

Si alguien huía del campamento [cristiano], se le sacaban los ojos, cortaban las manos, quebraban las piernas o le mataban, con lo cual la gente prefería morir en la ciudad.

Una situación, considera el autor vive y sufre aquellos trágicos días, peor que la que habían vivido en Toledo –conquistada por Alfonso VI en 1085, tras años de operaciones y negociaciones-, ya que el cerco es más prolongado que aquel y mayor el «rencor» del enemigo<sup>70</sup>. Llega un momento en que tan aguda es el hambre, que la gente ya prefiere la muerte en manos del Campeador, quien disfruta con la matanza y se complace mostrando a los valencianos los cuerpos quemados y despedazados de sus correligionarios en sitios bien visibles<sup>71</sup>.

Al final los valencianos terminaron por aceptar la rendición y entregar la ciudad, tras una tregua condicional de treinta días, durante los cuales se les permitió enviar emisarios al gobernador almorávide Ibn Aisa y al taifa de Zaragoza, quedando como garante del Cid en la ciudad su almorávide y las puertas en manos de sus hombres<sup>72</sup>. Transcurrido ese tiempo, y al no recibir la ayuda de nadie, los valencianos establecieron las condiciones de la entrega mediante un pacto de capitulación relativamente favorable para ellos. En virtud del mismo, Rodrigo Díaz se comprometía a

70 «La situación fue mucho más crítica que la de Toledo, al durar más el cerco y ser mayor el rencor del enemigo ante su resistencia y su petición de ayuda», en Ibn Idari, *al-Bayan al-Mugrib*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 73.

71 «El tirano se dedicó a quemar a quien salía de la ciudad hacia su campamento, de modo que no salieran los pobres y pudieran ahorrarse víveres para los ricos, pero la gente empezó a desdenar el ser quemado por fuego, y él pasó a divertirse matándolos, colgando sus despojos en los alminares de los arrabales y en las alturas de los árboles», Ibn Idari, *al-Bayan al-Mugrib*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes árabes», *op. cit.*, p. 74.

72 *Ibidem*, p. 76.



respetar personas y bienes, a mantener la autoridad competente hasta el momento, el cadí Ibn Jahhaf, a designar como alguacil de la ciudad al musulmán Muza, cuya misión sería la de custodiar las puertas de la ciudad junto con guerreros mozárabes valencianos. Rodrigo se comprometía también a no residir, ni él ni sus hombres, dentro de la ciudad y a respetar y hacer cumplir la ley islámica. Rodrigo viviría con sus hombres fuera de los muros de la ciudad, en Juballa, y acudiría a Valencia una vez por semana para hacerse cargo, junto con las autoridades musulmanas, de la administración de justicia. Además, los valencianos se comprometían a pagar a Rodrigo un solo impuesto, el diezmo que tributaban a sus antiguos gobernantes, que sería recaudado por el almojarife cidiano. Pero estos acuerdos, ventajosos en principio para los vencidos, no tardaron en ser vulnerados e incumplidos por el Cid.

Una vez rendidos, los valencianos fueron relativamente respetados, cumpliendo en parte el Cid los acuerdos a los que se había comprometido en las negociaciones para la capitulación. Así lo expone Ibn Idari, transmitiendo informaciones extraídas de la crónica de Ibn Alqama, al decir que cuando Rodrigo entró en la ciudad, *«ni el ni los suyos, maldígales Dios, causaron daño de ningún tipo a la ciudad ni a sus habitantes»*<sup>73</sup>. Pero poco después se concretó la amenaza almorávide, en forma de ejército de socorro procedente de Denia y comandado por Abu Abd Allah Muhammad y aprestado para liberar la ciudad. Al formalizarse el asedio almorávide Rodrigo decide expulsar de la ciudad a todas las «bocas inútiles», medida que habían adoptado previamente las autoridades valencianas durante su asedio<sup>74</sup>.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>74</sup> De nuevo Ibn Alqama, en la versión de Ibn Idari, nos muestra un preciso relato de aquella decisión táctica, así como del trato vejatorio que sufrieron los expulsados de manos de ciertos sectores de la hueste almorávide, a espaldas de la máxima autoridad, que, afirmaba que, en caso de haberlo sabido lo hubiera condenado: «El maldito, asediado por estos contingentes, se dirigió a pobres, mujeres e hijos de los musulmanes, y los hizo salir hacia el campamento [almorávide], diciéndoles: «id

Más adelante, una vez derrotado y dispersado el ejército almorávide, Rodrigo procederá a la eliminación de aquellos valencianos que, por su influencia o poder, pudieran acarrearle problemas durante su dominio. El primero en caer, como exponíamos más arriba, fue Ibn Jahhaf, a quien, según Ibn Alqama, estuvieron a punto de acompañarle en el martirio sus familiares, a quienes finalmente decidió no ejecutar, porque «los musulmanes y cristianos clamaron pidiéndole que dejara libres a los niños y a su familia, pues no tenían culpa ni sabían nada de aquello», a lo que el Cid accedió tras muchos ruegos e insistencias<sup>75</sup>. Sin embargo los personajes más relevantes de Valencia sí fueron apresados y desposeídos de sus bienes, en unos actos en los que volvemos a contemplar el incumplimiento de lo acordado en el pacto de capitulación. Según Ibn Alqama, tras la ejecución del cadí, Rodrigo fue contra «los personajes notables de Valencia, encarcelándoles e imponiéndoles multas hasta sacarles todo lo que tenían». Para ello Rodrigo procedería a la tortura y al encarcelamiento, en el que «murieron muchos de ellos»<sup>76</sup>. Este tipo de actos fueron los que llevan a afirmar a Richard Fletcher que «el gobierno del Cid en Valencia no fue ni maravilloso ni romántico»<sup>77</sup>, y que a pesar de la poca información con la que contamos, sabemos «lo suficiente para suponer que el gobierno de Rodrigo fue despiadado». Fletcher imagina a Rodrigo durante los años de su administración únicamente preocupado por obtener dinero, y ese ansia habría sido para él el motivo para la ejecución de Ibn Jahhaf<sup>78</sup>.

Parece que la conducta extrema del Cid en Valencia surtió el efecto psicológico esperado en otras guarniciones. Su fama

con las gentes de vuestra religión», y así cayeron en manos de negros, acemileros, y comerciantes de vil condición, que se las apropiaban y abusaban de ellas». Ibn Idari, *al-Bayan al-Mugrib*, en Viguera Molins, «El Cid en las fuentes ...», *op. cit.*, p. 73

<sup>75</sup> *Ibidem*, pp. 74-75.

<sup>76</sup> *Ibidem*.

<sup>77</sup> Fletcher, *op. cit.*, p. 185.

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 191.



de brutal le precedería más tarde, en el asedio de Murviedro, en 1098. La *Historia Roderici* afirma que durante el asedio los defensores de aquella plaza, se sintieron «*muy afligidos y presionados*», que hablaban entre ellos y llegaban a la conclusión de que Rodrigo haría con ellos «lo que hace poco hizo a los habitantes de Valencia y Almenara que no fueron capaces de resistir», y que era mejor rendirse. Suplicaron clemencia al Cid en forma de tregua condicional, unos días de no agresión para buscar ayuda en el exterior y transcurrido ese plazo entregarían la plaza al sitiador si ningún aliado le hubiera apartado de allí. El Campeador ofreció una tregua en la que los plazos fueron renovados al menos dos veces más desde el primero concedido, muestra inequívoca de las enormes dificultades que llevaba aparejada la toma de una fortaleza casi inexpugnable. La *Historia*, dedica a narrar aquel asedio bastante más espacio que al de Valencia, camufla las dificultades del héroe para tomar Murviedro con una retórica construida para sublimar su benevolencia y «piedad» con el enemigo<sup>79</sup>. Relata que los de Murviedro se dirigieron a Alfonso VI, a Yusuf y los almorrávides, a Al-Musta'in de Zaragoza, a Ibn Razin, señor de Albaracín, y al conde de Barcelona para solicitar su ayuda. Ninguno de ellos acudió en socorro de Murviedro y Rodrigo renovó el plazo dando un ultimátum: «Pasados estos doce días, os digo de verdad que al momento no me dierais el castillo, a todos de los vuestros que pueda tener o coger los quemaré vivos y mataré a espada no sin darle tormento». Los musulmanes «ante tanto y tal amor de misericordia, le dieron muchas y rendidas gracias». Sin embargo, algunos permanecieron allí y, una vez dentro de la villa, el Campeador los amenazó, extorsionó, apresó y envió a Valencia, posiblemente para venderlos como esclavos o encarcelarlos

79 Esto se aprecia en todo el relato, especialmente en algunos puntos del mismo, como por ejemplo las palabras dirigidas al Campeador por los sitiados para suplicar su clemencia, una «piedad» que les será concedida por la «benevolencia» del héroe: «Ablanda y mitiga tu corazón y apiádate de nosotros. Todos te suplicamos que movido por la piedad, nos concedas una tregua de algunos días».

hasta que pagaran rescate<sup>80</sup>. Al fin y al cabo Rodrigo, como los normandos de su tiempo, tenía «una reputación que mantener», toda esa violencia que había desatado para conquistar su señorío tenía que tener un sentido desde el principio hasta el final. Como afirma magistralmente Bartlett cuando nos habla de otros conquistadores de ese tiempo:

[...] el propósito de esta repentina brutalidad, un uso controlado de lo incontrolable, era conseguir la sumisión. No consiste en la expresión de una anarquía brutal. Mediante la violencia, se trataba de alertar a la población local de que había nuevos jugadores en el terreno de juego y de que estos jugadores iban a ser los vencedores.

Sin embargo, a diferencia de la normanda, la obra cidiana no superó a su vida mucho más de dos años. Rodrigo consigue un gran logro que no llega a consolidarse, entre otras cosas porque, a diferencia de otros conquistadores de su tiempo, no logra fundar una dinastía, por el fallecimiento de su único hijo varón, el enigmático Diego, que muere en la batalla de Consuegra (1097) frente a los almorávides, al servicio de Alfonso VI. De la proeza cidiana no quedaría nada «físico», solo la épica y el recuerdo, pues los hombres del Campeador, comandados por Jimena, arrasan e incendian Valencia antes de abandonarla, para que los enemigos almorávides no pudieran beneficiarse de ella. Lo que sí quedaría para la eternidad fue un mito, una idea, una asociación indisoluble, la de Valencia y el Cid, pues, como comentarán bastantes años más tarde los historiadores de Alfonso X el Sabio (siglo XIII):

80 Para todo ello ver *Historia Roderici*, *op. cit.*, pp. 70-72, pp. 142-144.



Et desde aquel dia, fue la çibdat de Valencia en poder de mo-  
ros, fasta que la gano el rey don Jaymes de Aragon, pero que  
siempre fue llamada VALENCIA LA DEL ÇID<sup>81</sup>.

<sup>81</sup> *Primera Crónica General, op. cit.*, cap. 957.